

EL RETORNO DE LAS BIOGRAFÍAS

Luis Suárez Fernández
Real Academia de la Historia

Durante muchos años, y como consecuencia de la que llegamos a calificar de «escuela de Annales», hemos vivido bajo el imperio de la Historia cuantitativa, condenando al destierro a la que, en puro galicismo, considerábamos «evenemencial». Era lógico que así sucediera: tras un siglo largo de progresos muy evidentes en una Historia crítica que trataba de fijar con absoluta precisión, siguiendo el consejo de Ranke, los sucesos humanos como en realidad habían acaecido, parecía llegado el momento de hacer una evaluación de esos mismos datos. Un amplio horizonte se abrió entonces, dando prioridad a las cuestiones económicas o sociales. No me parece que nadie, en su sano juicio, pueda negar el progreso que esta metodología economicista y cuantificadora procuró. Tras la primera Guerra Mundial las preocupaciones del mundo ante los problemas que directamente le aquejaban —depresión, capitalismo, revoluciones, totalitarismo— le obligaban a reclamar de los historiadores respuestas satisfactorias que permitieran enfrentarse con ellos y resolverlos. Así no es extraño que las corrientes del materialismo dialéctico tuvieran su cúspide en la entonces Unión Soviética y que la metodología de los modelos partiese de Estados Unidos.

Pese a todo se cometió una evidente injusticia, al calificar de meramente «evenemencial» aquella Historia que no se acomodaba a las propuestas cuantitativas del economicismo. Es evidente que un monasterio medieval tenía una estructura económica; la necesitaba para asegurar su existencia. Pero la razón de ser estaba en algo tan sutil y difícil de explicar como es la búsqueda de la santidad. De este modo si lo tratamos como una simple empresa cometemos una falsedad. Es imprescindible penetrar en el alma de cada institución si queremos

comprenderla: los cahices de trigo que se producían en un dominio feudal eran importantes, pero se trataba de un medio y no de un fin capaz de agotar la explicación. La nobleza radicaba en una norma de conducta, reflejada en el orden de valores que penetran en la sociedad. Ni el espíritu, ni el valor, ni el ingenio creador, ni el amor a Dios, son cuantificables. No podemos prescindir de cifras y de volúmenes, pero si nos reducimos a ellos estamos falsificando.

La Historia es un género de conocimientos que, con ayuda de fuentes muy variadas y heterogéneas, se fija, como primer objetivo, establecer noticias fehacientes acerca de las actividades humanas. Sólo son históricos los acontecimientos que tienen al hombre por protagonista. La erupción de un volcán debe registrarse en la medida en que afecta al comportamiento humano, pero no en cuanto al hecho físico en el orden de la Naturaleza. Esas noticias, seriadas convenientemente, constituyen la base de partida en una segunda etapa de la investigación que debe llevarnos a averiguar, primero, cómo sucedieron los hechos y, después, como gravitan sobre el presente y lo explican, todos esos acontecimientos del pasado. Ya que el proceso histórico, aunque es escrito en un orden que va de más antiguo a más nuevo, se piensa, a la inversa, partiendo de la realidad en que vivimos y que es su resultado. Y en todo esto, el protagonista es el hombre.

Hace años Edward H. Carr y R. Collingwood, reflexionando acerca del saber histórico, llegaron a la conclusión de que éste no puede considerarse objetivo. Entiéndase bien: esto no significa que sea incapaz de observar la debida neutralidad, sino que el historiador, a diferencia del físico o del naturalista, no permanece fuera del objeto que estudia. Es hombre y como tal se comporta en todo momento. Por eso resulta fácil incurrir en prejuicios o dejar de aplicar criterios valorativos. Se dirige a los acontecimientos pasados solicitando de ellos una explicación acerca de los problemas que le importan y de las estructuras dentro de las cuales vive. Y en esos acontecimientos descubre, de inmediato, al hombre. Es, sin duda, el gran protagonista. También los hechos económicos responden a comportamientos humanos. ¿No estamos convencidos de que la gran depresión de 1929 o el pánico en las bolsas mundiales tras el 11 de setiembre de 2001 fueron, sobre todo, fenómenos psicológicos provocados por reacciones extremas?

La biografía es, por tanto, una necesidad absoluta. Existe un riesgo, que muchas veces ha contribuido a que sea un sector menospreciado en la investigación. Resulta atractiva para el gran público y, en consecuencia, también para muchos ensayistas de vocación literaria, que cultivan la forma con grandes ventajas, situándose por encima, en cuanto a capacidad expositiva, de los investigadores. Pero entonces la biografía se aproxima a la novela cuando no desemboca en ella, y se buscan, como ornamentos capaces de lograr éxito, las afirmaciones originales o los descubrimientos sensacionales, aunque no tengan mucho que ver con la realidad histórica. Desde que en 1984 Georges Duby, que ya había

sorprendido con sus referencias al hecho singular de que la batalla de Bouvines se librara en domingo, publicó su biografía de Guillermo el Mariscal, el género ha cobrado dimensiones y calidades que han obligado a muchos historiadores a rectificar. Todavía en 1975 Carlos Seco constataba que era «un género autobiográfico en baja» confundido con el «simple ensayo» cuando, a su juicio –y al de muchos otros– la biografía de Cambó escrita por don Jesús Pabón es una de las obras capitales de la historiografía española del siglo XX.

Fueron necesarios varios años para que se produjese el reconocimiento de la clarividencia que Seco Serrano en aquella oportunidad demostrara. Vale la pena, pues, detenerse en el análisis de la gran obra de Pabón, para poder extraer de ella algunos de los rastros esenciales que un investigador debe tener en cuenta cuando se decide a escoger como tema central un personaje. Sería un error limitarse al estudio de aquellos que se consideran «grandes hombres». También muchos, que en un primer momento nos parecen secundarios o incluso mediocres, pueden resultar decisivos para el conocimiento de una época. No cabe duda de que Enrique IV de Castilla no fue un gran rey, pero su tiempo constituye una etapa decisiva en el proyecto de creación de la Monarquía española, hasta el punto de que podemos considerarlo constituyente. Como ya advirtiera Marañón, la persona del monarca, su patología, constituye un dato imprescindible a la hora de comprender el vasto y decisivo proceso.

Dos son las condiciones que deben exigirse en una investigación biográfica: no se trata, únicamente, de hacer el retrato dinámico de una existencia –sin que deje de reconocerse la importancia que la misma tiene– sino de encuadrarla en sus dimensiones de espacio y de tiempo; en estas coordenadas es preciso adentrarse hasta captar el orden de valores dentro de los que los protagonistas se desarrollaron. En ningún momento se debe perder de vista que el objeto del trabajo es «aprehender» a fin de lograr una explicación correcta. Ya que el objeto esencial de nuestro trabajo consiste en explicar y no en juzgar, dar la razón de lo acaecido y no a unas determinadas opiniones aunque sean las de nuestro tiempo. Uno de los motivos del descrédito para la Historia evenemencial de nuestros días, y no tan sólo del género biográfico es, precisamente, la tendencia de los autores a erigirse en jueces, condenando en muchas ocasiones, elogiando en otras, determinadas acciones y conductas. Para ello se recurre, incluso, con gran daño, al silenciamiento de acciones decisivas que no responden al modelo que previamente se ha establecido.

En la coyuntura del siglo XXI las biografías están llamadas a cubrir una buena parte del trabajo de los historiadores. La globalización de la Economía, término de llegada de un proceso, resta importancia a la metodología cuantificadora. Por otra parte ésta, habiendo desplegado ya sus evidentes logros, tiende a la erudición del detalle. Recuerdo una oportunidad en que compartía con uno de nuestros más eminentes medievalistas españoles presencia en un tribunal que

juzgaba una tesis doctoral: gruesos volúmenes venían a demostrar que en los cálculos para la población de un determinado reino se había cometido un error, que era necesario rectificar, aunque no significaba variación superior al 10 % de las cifras anteriormente fijadas. En un determinado momento no pudimos contener un comentario: ¿y qué? Estábamos llegando a debatir algo semejante al color de las zapatillas de Isabel la Católica.

Necesitamos volver la atención al hombre, situarlo en su tiempo, empaparnos bien de los valores y opiniones que orientaban entonces su conducta, pues sólo así se puede lograr una cabal explicación. La recomendación de Ortega y Gasset, «yo y mis circunstancias», resulta de todo punto imprescindible. Es cierto que el autor que procede así, intenta situarse en el papel del personaje y explica sus éxitos y fracasos, desde los motivos propios de éste, corre el riesgo de que se le considere partidario interesado del mismo. Es uno de los gajes del oficio de biógrafo correcto: el novelista o el propagandista político lo evita porque toma al hombre de quien se ocupa únicamente como un instrumento al servicio de sus juicios previos. Demostrar la corrección de éstos es lo que verdaderamente le importa. Entra, pues, en otra metodología, y en otro género.

Tomamos, pues, en primer término, la realidad de los sucesos dentro de los cuales el individuo biografiado se mueve. Ella constituye el suceder histórico, objeto de nuestro conocimiento. Este conocimiento que es el saber histórico –dejemos a un lado si podemos y debemos considerarlo como ciencia– constituye el motivo de nuestra labor investigadora. Enseguida nos damos cuenta de que es parcial, no total: sólo estamos en condiciones de fijar, en nuestro texto, aquellos acontecimientos que las fuentes han permitido llegar hasta nosotros. Muchas noticias no han sobrevivido. Pensamientos, emociones o voliciones de aquel personaje que estudiamos, están condenados irremisiblemente al silencio. Aquí nos aguarda una de las más frecuentes y fáciles tentaciones: intentar reconstruirlos recurriendo al método comparativo de los supuestos. Parece fácil y, desde luego, muy rentable. ¿Se dan ustedes cuenta de la cara de sorpresa que el lector pone cuando le decimos que Eduardo de Gales jamás vistió de negro ni fue calificado por este color o que ignoramos absolutamente cómo se llamaba la hija de Herodías, a la que adornamos con el nombre supuesto de Salomé? Todos hemos llegado a convencernos de que hubo un Príncipe Negro y de que tal era el nombre de la protagonista de una danza.

Para interpretar los datos y explicar mediante ellos los sucesos, el historiador debe, ante todo, ordenar en forma coherente las noticias y reflexionar acerca de ellas a fin de representarse con claridad una conducta. Aunque no pude liberarse, al menos por completo, de cierto subjetivismo –es a mí a quien pretendo dar la explicación– el historiador debe librarse de toda parcialidad. Lo contrario sería tanto como engañarse a uno mismo. Ocurre con frecuencia, pero no es otra cosa que encontrarse metido en la celada que hubiéramos debido evitar. Es ver-

dad que ningún historiador puede permanecer aislado de las condiciones de tiempo y lugar en que se desenvuelve su propia experiencia humana. Pero lo que busca, en los personajes que, en tiempo pasado, vivieron dicha experiencia, son luces que le permitan descubrir y comprender ese tejido de circunstancias. No cabe duda de que la coyuntura que don Pedro de Luna, que se llamaba Papa Benedicto XIII, hubo de vivir en 1396 proyecta una muy viva ilustración sobre todo el proceso que la modernidad europea iba vivir en los dos siglos siguientes; conocerla, por tanto, y seguir minuciosamente la conducta del personaje, tiene para nosotros extraordinaria utilidad. No tenemos que declararnos en favor o en contra. Debemos consentir al lector que extraiga sus propias conclusiones.

Cuando el trabajo de investigación alcanza lo que podríamos llamar primera cumbre de madurez –los datos se encuentran ordenados ante nuestros ojos, que los contemplan con la seguridad que proporciona la fe en su exactitud– estamos en condiciones de proceder a la segunda etapa, exposición de los resultados de tal labor. Podemos definirla como una explicación. Forzoso es que tengamos en cuenta algunas circunstancias, especialmente dos: el historiador, de un modo casi instintivo, formula preguntas para las que espera respuestas válidas; sabe muy bien que cuando el tiempo pase y su generación sea sustituida por otra, las preguntas que han de surgir también serán diferentes. La explicación que hoy pedimos al reinado de los Reyes Católicos es más amplia, y desde luego diferente, de la que se reclamaba en tiempos de don Diego Clemencín. Y, sin embargo, a poco que nos adentremos en el texto de los mejores biógrafos –es un tema que ha atraído a muchos autores– nos damos cuenta de que las respuestas dadas aparecen como verdaderos cimientos sin los cuales no habría respuestas nuevas.

En el caso de las biografías, con mayor eficacia que en otros géneros, la reelaboración expositiva no significa el abandono de lo anteriormente conseguido. Antes al contrario. Como se trata de reconstruir un tiempo albergando en él a los hombres que lo poblaron, el hallazgo de nuevos datos enriquece los que ya conocíamos, llenando vacíos, añadiendo perfiles, completando deficiencias. Y así avanzamos. En el caso de los Reyes Católicos, al que preferentemente he dedicado mi atención, la experiencia última es que he tomado parte en una empresa colectiva, a la que, sin duda, he sumado mi esfuerzo pero éste es uno entre varios. Me resultaría extraordinariamente difícil, salvo en unos contados episodios nada significantes, separar mi aportación de ese conjunto de materiales que la investigación plural ha puesto en mis manos. Aquí radica la esencial diferencia con las pretendidas novelas históricas: pues éstas se valen de los hallazgos que otros lograran, pero los someten a su arbitrio hasta convertirlos en meros instrumentos de un argumento que es «suyo del autor». El verdadero historiador procede del modo contrario: suma el resultado y esfuerzo de su trabajo al acervo común y, poniéndose al servicio de éste, intenta comunicar a sus lectores lo que

él ha aprendido. Todo ello con independencia de las copiosas notas a pie de página.

La biografía se nos presenta, pues, como un proyecto de historia total asentado sobre tres dimensiones: el espacio que ocupa el personaje, el tiempo en que vive y las aportaciones específicas del mismo. De ahí que sea necesario tener en cuenta las condiciones psicossomáticas de los protagonistas, sus rasgos patológicos, gustos, aficiones, capacidad intelectual, etc. En todos ellos se encuentra la vida que, a fin de cuentas, es el objetivo esencial que se persigue. Una rica biografía se consigue después de que, sobre el personaje o personajes en cuestión, hayan reflexionado varias generaciones.

Todo esto se debe a que la exposición histórica, aunque aparezca sujeta a coordenadas de tiempo y de espacio, se produce siempre en tiempo presente. Hace ya casi un siglo, Henri Bergson nos invitaba a reflexionar acerca de lo que es el presente. En términos absolutamente matemáticos es una traza invisible que se mueve en el tiempo siempre a la misma velocidad. La primera sílaba de una palabra es ya pasado mientras que la última se encuentra en el futuro. Pero todos los historiadores saben muy bien que para ellos el presente no es eso sino un estado de conciencia mediante la cual la mente humana convierte en unidad acontecimientos pasados y otros que sabe y espera hayan de sobrevenir. Esta unidad es siempre problemática: quiero decir que se forma en torno a determinadas cuestiones. Son precisamente esas cuestiones las que empujan al historiador a dirigir preguntas al pasado para tratar de encontrar en él las respuestas. ¿Por qué hubo éxito o fracaso en tales decisiones? En modo alguno puede olvidarse que ellas fueron el resultado de la voluntad humana.

El hombre es un animal histórico y se encuentra sometido al tiempo que es tan criatura como él; empezó a existir hace ya varios millones de años, al iniciarse ese comienzo en que la energía comenzó a generar la materia. A lo largo de su existencia, corta o larga, pero siempre estrictamente limitada, este ser dispone de una parcela de ese tiempo para realizarse a sí mismo, proyectándose fuera de su propia individualidad concreta. En potencia puede ser varias cosas, en acto llega a realizar apenas unas cuantas. La biografía trata de averiguar primero, y explicar después, tales realizaciones. Pero el historiador no puede olvidar, como ya advirtiera Blaise Pascal, que la nariz de Cleopatra siempre se encuentra asomada a ese ventanuco de lo inesperado: si Alejandro hubiera vivido más tiempo, no cayera la lluvia en la mañana de Waterloo o hubiera muerto Hitler en el atentado de la trampa del lobo. Aquí es donde es preciso extremar las cautelas. Sabemos que, en cada uno de estos casos, las cosas habrían discorrido por vías distintas, pero no podemos decir cuáles fueran.

Dos últimas advertencias para quienes decidan emprender esta nueva vía metodológica, que me parece muy necesaria en la nueva etapa de construcción de Europa que estamos emprendiendo. En primer término: no dejarse arrastrar

por el error de creer que ella es la única válida o al menos la superior. Se trata de una más, importante sin duda dentro de la investigación, pero que debe sumar y no restar. En segundo término resistir a la tentación de convertir la realidad en escenario en que se mueven buenos y malos. No se trata de defender o de condenar sino, simplemente, de explicar. Y para ello es imprescindible situarse dentro del protagonista, de sus valores y de sus creencias.